

culpable. Que sin embargo el camionero y su empleador no solo se negaron a hacerse cargo de los gastos, sino que además les hicieron juicio *a ellos* (el autor del programa y su esposa) y les hicieron pagar *a ellos*, acusándolos de haber fingido el accidente.

Y se repite la interdicción para el uso de ese programa a la compañía x y empleados o personas relacionadas o dependientes así como a la casa matriz de la compañía, que está en Francia, y la compañía de seguros que puso a trabajar a su tropilla de abogados para defender al camionero culpable y a sus patrones.

Al pie de estos mensajes hay habitualmente un botón «ok» que permite pasar al uso del programa propiamente dicho, y otro botón «registrar», que conduce a la información de cómo enviarle el dinero al autor. En este mensaje no había al pie más que un largo, largo botón que decía: «Éxodo 20:16; Isaías 47:3; Hebreos 10:26-30» —————
—————y nada más.

Un amigo publicó un ensayo crítico que leí con gran interés; independientemente de si lo que se dice es acertado o no, o de si hace justicia o no a una obra, cuando el crítico es bueno construye estructuras de algún modo semejantes a novelas, o cuentos, que se dejan leer por el placer mismo de la lectura. Mi amigo es un buen crítico, y maneja con solvencia y precisión un rico lenguaje que no es meramente técnico. Pero en ese ensayo había una palabra que me producía algo parecido a una reacción alérgica.

«Hay una palabra (= una actitud) —le escribí, entonces, a mi amigo el crítico— que es como una piedra que encuentro a cada rato en el camino de la lectura de tu ensayo: la palabra *realidad*, que no dice nada y que parecería decir mucho. Tal como la empleás (y como se emplea por ejemplo en las citas que hacés de Ángel Rama), supone un conocimiento cabal del significado de la palabra, que a mi juicio más bien debiera sustituirse por las cosas tal cual las percibo, o lo que yo creo la verdad de las cosas.

El diccionario da vueltas como un perro que se persigue la cola: Realidad: “existencia real y efectiva”. Real: “que existe efectivamente”. Efectivo: “real y verdadero”. Vamos, vamos».

Pienso que debe de existir algún término que se pueda oponer legítimamente a *imaginación*, pero no se me ocurre

cuál es. Seguramente no es *realidad*, a pesar de lo extendido de su uso. Hay también quienes oponen *realidad* a *sueño*, siendo que lo opuesto a sueño es, por lógica, *vigilia*. El sueño tiene su realidad, su verdad que, aunque distinta de la realidad de la vigilia, no por ello es menos *real*, menos verdadera.

«No entiendo por qué ustedes oponen realidad a imaginación, como si la imaginación estuviera fuera de la realidad, o si lo que sucede en la mente o en el espíritu no tuviera existencia "real y efectiva", o fuera un ente "no verdadero", es decir, una mentira.»

Creo que es la única palabra que manejas equivocadamente, o al menos ambiguamente, y esa falsa oposición con la imaginación crea importantes distorsiones del sentido en mucho de lo que comentás.»

Yo creo que cuando alguien dice *realidad* está pensando, conscientemente o no, en una serie de parámetros muy concretos y definidos, pero no necesariamente los mismos en que piensan otras personas cuando dicen, u oyen decir, *realidad*. Creo que el término es poco compartible, salvo que se integre una especie de cofradía.

«Para algunos, la palabra realidad se asocia con dinero; para otros, con luchas políticas. En cualquier caso, se está tomando un paradigma o una escala de valores o, menos aun, una forma de percepción, como lo único existente, o como el Todo: LA realidad.»

O bien yo no me expresé muy claramente —cosa probable porque ahora, al querer remitir estas inquietudes al

lector, le añado a mi carta estos trozos explicativos— o bien mi amigo el crítico leyó un poco apresuradamente lo que le escribí, ya que me contestó con una explicación poco satisfactoria; algo del tipo «bueno, cada uno se fabrica su propia realidad», etcétera, cosa que yo comparto y que no estaba en discusión. Le vuelvo a escribir, pensando ya en términos de una polémica:

«No me estás entendiendo. Lo que yo señalo es justamente el error de contraponer realidad e imaginación. La imaginación forma parte de la realidad, si entendemos la realidad como lo existente. Los productos de las operaciones de la imaginación también forman parte de la realidad, porque son existentes. Esa forma de dividir y oponer, realidad versus imaginación, da pie a que se formen bandos de quienes se ubican en la realidad, desde la cual juzgan a lo imaginario y lo analizan por medio de categorizaciones que se corresponden con patologías psiquiátricas. Se percibe esa diferencia entre realidad e imaginación como igual a verdad y mentira, o salud y enfermedad. Sin embargo, lo que relato en una novela no es mentira, sino que se corresponde con hechos, con sucesos interiores o interiorizados (percibidos desde la introspección), pero no por ello menos verdaderos (en cuanto a reales, o sea, existentes).»

Paralelamente hay una verdad histórica, es decir, hay un relato de hechos aparentemente ocurridos no en la interioridad de un individuo sino en un ámbito social, que permiten una observación compartida por un grupo de personas; a esto se le suele llamar también realidad, aunque la verdad histórica es continuamente cuestionada por casi todos los que participaron en el suceso o lo observaron; cada relato suele diferir bastante de los otros, y la verdad histórica suele

reducirse a un denominador común que a veces es muy magro y deja fuera partes fundamentales de lo verdaderamente acaecido, que en definitiva nadie conoce. Esto vale tanto para los hechos lejanos en el tiempo como para los inmediatos. (Todas las semanas mi mujer y yo tenemos una sesión de terapia de pareja, donde la terapeuta recibe dos versiones diametralmente opuestas de un mismo hecho, a menudo lo suficientemente distintas como para anular lo que podría ser un perfil del hecho.) La realidad queda siempre en tinieblas.

No es posible situarse en la realidad y desde allí juzgar. Para el crítico que citás, la realidad es una realidad social que no tiene en cuenta la física contemporánea ni se interesa por el comportamiento paradójico de la luz, y de la materia-energía en general, ni muchas otras cosas existentes e incluso determinantes; y la suya es una realidad social armada desde el prejuicio ideológico, desde ciertas categorías de ideas preestablecidas.

Claro que no es solo cada autor, sino cada uno de nosotros en general, artista o no artista, quien se inventa su realidad; pero de los textos críticos no surge que esto sea así, sino que el crítico se sitúa y habla desde LA REALIDAD como si la conociera o, peor aún, como si fuera su único legítimo dueño».

Y he aquí que ahora mi amigo el crítico (que es, indudablemente, un caballero) comprendió lo que quería decirle y, para mi desilusión, no se inició entre nosotros ninguna polémica. Me escribió, simplemente: «ahora entendí; tenés razón».

(I)

Uno de los problemas que más frecuentemente se plantean en esta ciudad al alejarnos de casa es la dificultad para encontrar un cuarto de baño apropiado cuando hace falta. En lo que me es personal, puedo citar el caso de aquella construcción amplia, de finalidad incierta, donde me encontraba observando desde una ventana interior un amplio espacio, una especie de patio cerrado; en el centro del patio, de piso con baldosas alternadamente blancas y negras, estaba parada una mujer que yo conocía, y que había desaparecido de mi vida hacía muchos años, aunque se conservaba tan joven como en la época en que la había conocido, o al menos tal era su apariencia, o mi percepción de su apariencia en esas condiciones de luz tan poco adecuadas para establecer afirmaciones rotundas. La mujer, o muchacha, se movió luego hacia una abertura amplia que había a sus espaldas, y se asomó a lo que imaginé un corredor. Un cartel, sobre la pared donde comenzaba ese presunto corredor, informaba que por allí se accedía al baño de caballeros. El dato me interesaba especialmente, ya que minutos atrás había decidido que, mal que me pesara en un lugar de ese tipo, debería ponerme en movimiento para buscar un baño, porque tenía una necesidad de orinar que poco a poco se iba haciendo insistente, y pensé que no demoraría mucho en volverse apremiante. Había un problema: el baño había sido ocupado por un niño pequeño, hacía ya largo rato, y el niño estaría muy probablemente